

En estas páginas reúne catorce trabajos breves sobre laicismo y laicidad. Al comienzo del último, rubricado como conclusión, confiesa que es «decidido partidario de la laicidad positiva, ajena a todo clericalismo», mientras que «el laicismo no es sino clericalismo civil [...], por lo que acaba convirtiéndose inevitablemente en una confesión religiosa más». El planteamiento no puede ser más desnortado. La distinción entre laicismo y laicidad es una interesada contorsión semántica. Y clericalismo es aceptar el laicismo bautizado como laicidad. El que llama clericalismo civil es de rechazar, a su juicio, porque «ignora derechos fundamentales» y porque, a la hora de la verdad, «en vez de situar el derecho fundamental de los ciudadanos a la libertad religiosa en el centro de la cuestión, reduce todo a una relación Iglesia-Estado». Pero concibe la libertad religiosa como libertad *de* religión, no *de la* religión. Y el Estado, por mor de la democracia sacralizada, aparece desnaturalizado, sin la necesaria relación que debe unirlo al bien común, del que su dimensión trascendente forma parte esencial. Lamentable.

Vicente BERROCAL

Damien Cahill, Melinda Cooper, Martijn Konings y David Primrose (ed.), *The SAGE handbook of neoliberalism*, Londres-Thousand Oaks-Nueva Delhi-Singapur, SAGE Publications, 2018, 720 pp.

Las por poco 730 páginas de este manual de estudio del neoliberalismo –impreso y también como libro electrónico– vienen a la luz en un momento en el que la vieja ideología tiene una tercera, cuarta o quinta vida, pues aunque se la califique de nueva no es sino la vieja con su mismo discurso, su misma furia destructora, que solamente ha cambiado las caretas de los protagonistas. Alguna vez escribió Leonardo Castellani que el liberalismo era la última herejía, claro que atendiendo a sus antecedentes –el protestantismo– y a sus efectos –el socialismo y el modernismo–.

Confieso que los sesenta y cinco colaboradores me son desconocidos en su inmensa mayoría. De ellos es la elaboración de cuarenta y nueve capítulos, a más de un *Prefacio* y una *Introducción*. Considérese que la publicación viene escrita en letra muy pequeña, lo que hace que los artículos sean breves pero apretados, densos. Comprenderá el lector que escapa a la capacidad de este comentarista y a las posibilidades de este comentario dar cuenta de cada uno de los aportes. Habremos de contentarnos con una perspectiva global y un balance conclusivo.

El autor del *Prefacio*: «Nombrar el neoliberalismo», Jamie Peck, nos ofrece una descripción general del fenómeno: es favorable al mercado, a los derechos de propiedad y al crecimiento; es individualista, empírico y de mente abierta, globalista, optimista; y volcado al cambio por un mundo mejor. Por supuesto, es un retrato simplista tomado de un neoliberal, pintura que el texto se propone dismantelar. Y los editores, en la *Introducción*: «Aproximaciones al neoliberalismo», nos anticipan una visión crítica tributaria de los análisis de Foucault y los marxistas, combinada con el examen de las ideas de los escritores neoliberales, la historia y la filosofía económica, el enfoque institucional, la perspectiva geográfica, etc., que penetrará la obra. Un detallado índice de palabras, conceptos y nombres, de veintiocho páginas, rinde cuentas de este tratamiento.

El libro está estructurado en siete partes. La Primera considera las «Perspectivas», en seis capítulos que versan acerca de: el neoliberalismo actualmente existente; las instituciones financieras internacionales como agentes del neoliberalismo; una perspectiva global del neoliberalismo; Foucault y la controversia en torno al neoliberalismo; el neoliberalismo como proyecto clasista; y el crecimiento del neoliberalismo en Europa. No todas las contribuciones tienen similar valía —eso era de esperar— y dan la sensación de un fresco impresionista sobre una idea general que ya ha sido anticipada: una visión crítica desde la que podría decirse «izquierda».

La Segunda Parte se titula: «Fuentes», pero no están organizadas de un modo apropiado, están abigarradas y centradas casi exclusivamente en lo económico. Veamos de qué tratan los ocho capítulos: las ideas neoliberales acerca de los colectivos; la escuela neoliberal de Chicago y el mercado; los cambios del neoliberalismo en la ciencia económica: la despolitización por medio de la economización; las prácticas teóricas de F. Hayek y M. Friedman; un intento de síntesis del origen, declinación y futuro del neoliberalismo; G. Becker y el imperialismo económico neoliberal; el neoliberalismo de Chicago, Virginia y Bloomington como causa eficiente de la «tercera vía» de Clinton y Blair; y una comparación entre el neoliberalismo anglosajón hodierno y el diferente *ordoliberalismo* germano de 1930-1940. En general, como se ha dicho, predomina el examen económico y pocas veces se da lugar a otros ángulos de análisis antes prometidos.

«Variaciones y difusiones» es el nombre de la Tercera Parte, dividida en seis capítulos: Foucault y el neoliberalismo europeo; el neoliberalismo en Latinoamérica; el neoliberalismo en China;

el neoliberalismo en Europa Oriental y la ex Unión Soviética; de cómo la socialdemocracia europea se hizo neoliberal; y el neoliberalismo y las instituciones supranacionales. La idea es brindar un pantallazo general de la geografía actual del neoliberalismo, pero la sola mención de los temas nos anoticia de los huecos: África y Asia, además de Oceanía, no han sido considerados. Me detengo por un minuto en el capítulo sobre Latinoamérica –a cargo de Peter Kingstone (King’s College de Londres), un especialista en Brasil–, porque denota dos rasgos inhabilitantes, impedientes: casi todas sus fuentes son extranjeras y en inglés; y su aproximación es exclusivamente económica.

La Parte Cuarta se concentra en «El Estado» y se despliega en diez colaboraciones bastante variopintas en las que se advierte, no obstante, una mentalidad común a los colaboradores: el Estado liberal es una mentira porque no es un Estado, claro que como lo piensa la izquierda. El primer trabajo lo dice sin tapujos: el Estado neoliberal opone el poder a la política. Le siguen otros tratamientos: la justicia criminal y el delito en el neoliberalismo; la política climática neoliberal y el problema del dióxido de carbono; el desmantelamiento del Estado de Bienestar y el clientelismo de mercado; la política monetaria; los planes y subsidios laborales del neoliberalismo; la política progresista neoliberal; el entendimiento neoliberal del republicanismo como *rule of law* económico; y la crítica de Foucault a la democracia neoliberal.

Un aparte para el capítulo de Jason Hackworth (profesor de geografía de la Universidad de Toronto), que se llama «Neoliberalismo religioso» o por qué el neoliberalismo es una divina bendición. Es muy interesante, describe sus fundamentos en la denominada «Teología del Dominio o del Reino», una secularización protestante del Reino de Dios profetizado en las Escrituras; en los cristianos libertarios; y en la yanqui «Teología de la Prosperidad». De manera que –concluye el autor– el neoliberalismo encuentra sus bases también en una lógica teológica, si bien protestante, secular y economicista. Es una de las pocas contribuciones que se salen de ese enfoque general denunciado ya.

En la Parte Quinta se aborda, en nueve apartados, la «Reestructuración económica y social» neoliberal, versando sobre la nueva configuración de la clase trabajadora; el manejo del riesgo y de las finanzas; la acumulación de capital y las desigualdades; el poder de las corporaciones; el endeudamiento como mecanismo neoliberal de disciplinamiento; la categoría del género en el neoliberalismo;

las formas urbanas; las dificultades de la austeridad neoliberal; y la salud global, esto es, las políticas sanitarias neoliberales a escala global. Este último es muy interesante: muestra de qué forma el principio de autonomía lleva la política de mercado a dirigir la sanitaria y cómo esta perspectiva es apoyada por los organismos financieros internacionales, en particular el FMI.

Las «Dimensiones culturales» se analizan en la Sexta Parte, pero solamente en cinco capítulos: la política neoliberal de medios; la universidad; la metáfora del emprendedor en la economía neoliberal basada en el conocimiento; la lógica emocional del neoliberalismo, o de como las emociones se incrustan en la lógica reflexiva del yo, una variante del personalismo modular; y los problemas de la investigación ante el desafío neoliberal.

Llegamos a la última Parte, la Séptima: «Neoliberalismo y más allá», que es la más breve, pues tiene cuatro colaboraciones solamente, una suerte de grito de combate académico: la resistencia al neoliberalismo a partir de la crisis financiera global de fines de la década de 1990; el neoliberalismo como un muerto vivo salido del infierno, metáfora del endemoniado zombi neoliberal; cómo la izquierda entiende y enfrenta al neoliberalismo después de aquella crisis; y la resiliencia neoliberal como desafío.

Ya hemos dicho mucho sobre el libro pero permítaseme una conclusión. A la obra le faltan algunos eslabones; por ejemplo, ¿qué enlaza esta experiencia liberal a la vieja del XVIII y el XIX?, ¿qué mentalidad, qué cuerpo de creencias hacen del liberalismo de ayer y de hoy una ideología política y no meramente económica? Podríamos seguir, pero no se trata de imponer el propio gusto sino de subrayar algunas carencias. Además, como se ha dicho, el predominio del enfoque económico lleva a dejar de lado aspectos fundamentales del neoliberalismo: la política no se puede reducir al Estado; falta el aspecto legalista y constitucional del neoliberalismo –tan vital para la seguridad jurídica por ellos declamada–; muy poco y nada se ha escrito sobre los derechos humanos –a veces sólo de pasada–; etcétera.

No obstante los defectos, el libro llama la atención. Es cierto que sus autores son hombres progresistas de izquierda –que han callado lo que de común tienen con los neoliberales en muchas otras áreas–, pero no son estúpidos. Algunos, al contrario, son muy lúcidos. Incluso en aquellos temas que predominan, las más variadas manifestaciones de la vida económica, sus críticas son altamente atendibles. Otra cosa es pedirles que nos revelaran sus

propuestas, pues no estaba en sus planes. Pero eso no quita que las podamos entre leer de las fojas borroneadas, y descubrir que no hay nada nuevo bajo el sol, que la izquierda quiere seguir siendo la izquierda, cuyas recetas son las mismas, las opuestas a las de los liberales. Si el liberalismo no ha cambiado, ¿por qué habría de hacerlo el hijo rebelde que les nació? Y si el liberalismo tiene tantas vidas como los gatos, o más, ¿por qué no habría de tenerlas el entenado?

Juan Fernando SEGOVIA

David Wootton, *Power, pleasure, and profit. Insatiable appetites from Machiavelli to Madison*, Cambridge-Londres, Belknap Press, 2018, 386 pp.

David Wootton, veterano historiador inglés, que enseña en la Universidad de York, se ha especializado en historia intelectual del Renacimiento, a la que ha dedicado algunos libros como los escritos sobre Paolo Sarpi (1983) y Galileo Galilei (2010). Pero quizá su obra más famosa sea una breve historia de la revolución científica (2016) que se tradujo al español por su carácter de divulgación, sumpongo. Ha editado obras de Maquiavelo, Tomás Moro, Rousseau, Voltaire y Locke, hasta donde sé. Es un experto en estas materias.

Lo que me llamó la atención es la osadía de Wootton de poner las palabras «apetitos insaciables» para referirse a una época y una mentalidad que por lo común se describe como racional –racionalista e idealista–, mesurada, incluso realista. No es que desconozca la importancia de las pasiones desde el Renacimiento y los humanistas en adelante. Basta leer a Maquiavelo y otros de su siglo y los siguientes para darse cuenta de que la razón viene a remolque de las pasiones, ennoblecidas hasta el extremo en Spinoza. La Modernidad no olvidado esas pasiones –de las que figuran en el título: el poder, el placer, la ganancia y el dinero– y otras muchas más –el temor, el egoísmo, el amor propio, la autoconservación, la gloria, el interés propio, etc.–, porque la razón las descubre y las explota para sus fines, como un resorte de su mecánica.

Vayamos pues al libro. Tiene 386 páginas y en ellas hay varias reproducciones de las portadas de los libros de la época. El título está parcialmente tomado de un autor desconocido, William Percey, que en 1658 escribiera *The Compleat Swimmer*, obra en la que designara al placer y la ganancia como los dos únicos fines